

Minerva Gallofré



Dragones
de Inguz

1

Herian

y el Dragón de Eggark

Título de la serie: **Dragones de Inguz**

Título: 1. Herian y el Dragón de Eggark

2017, Minerva Gallofré

Ilustraciones: Jon Kósmiko

1ª edición

ISBN: 978-84-947818-8-9

Editorial Tres Inviernos

www.editorialtresinviernos.com

Contacto: hola@editorialtresinviernos.com

Todos los derechos reservados

Para Smrgol y para Gorbash

Recuerda que puedes ambientar tu partida escuchando la banda sonora de

Dragones de Inguz.

Descárgala aquí

editorialtresinviernos.com/es/audios/

[inguz_el_dragon_de_eggark](http://editorialtresinviernos.com/es/audios/inguz_el_dragon_de_eggark)

Te encuentras en el extremo norte de la isla de Tierra Volcán, en la tierra de Loorghu, tu aldea natal, tierra de bárbaros, de tormentas marinas, de acantilados crueles que tus antepasados han burlado durante siglos a bordo de sus *drakkars*. La choza del Gran Jefe salpica la oscuridad de la noche con el resplandor ambarino del fuego, que surge por sus pequeñas ventanas cuadradas. En el alféizar de una de ellas hay un cirio encendido, una rama de acebo y un carboncillo aún caliente sobre el que arde un manojo de abeto. Sin duda, el druida lo ha puesto allí todo para alejar a los malos espíritus. Te gusta ese olor, se te mete por la nariz y desentierra tus recuerdos de la infancia. Entonces recuerdas que el druida solía hacer eso todos los años, durante la noche del solsticio de invierno, y después los veteranos repartían dulces a los niños.

Pero ya no eres ningún niño. Tu nombre es Herian y hace tres meses que cumpliste los veinte años, con la llegada del otoño. Has crecido y te has convertido en uno de los mejores guerreros de Loorghu, tu poblado. No hace ni una semana participaste en una sangrienta batalla contra los trasgos, saliendo victorioso. Y esta noche has sido llamado a consejo por los hombres y por las mujeres más sabios del lugar. Te preguntas qué les reconcome. Nada bueno, a juzgar por las caras que llevaban esta tarde, justo antes de encerrarse a conversar en la choza del Gran Jefe.

Sus voces se escuchan desde afuera, aunque no terminas de distinguir lo que dicen. Parecen acalorados, preocupados. Deberías entrar ya, pero nunca te ha inquietado tanto cruzar el umbral de la choza del patriarca, a pesar de que siendo un crío lo hiciste en cientos de ocasiones. Así que respiras hondo. Hoy hay una fuerte marejada. Se escucha cómo las olas rompen con rabia contra los acantilados sobre los que se erige tu poblado. Solo los locos navegarían con un mar así. Finalmente, sacas pecho y te llenas de valor. Es absurdo esperar más. Entonces, empujas la puerta con una mano, con cuidado, algo tímido, y descubres que los veteranos están sentados sobre las pieles del suelo de la choza, dispuestos en círculo. El Gran Jefe, su mujer y el druida son los que se encuentran más cerca del fuego:

—Pasa, Herian. Siéntate —dice Yuri, la matriarca—. Te estábamos esperando.

Todos te observan callados. Con sus miradas parecen estar cuchicheando sobre ti, a pesar de que sus labios están sellados por el silencio ceremonial. La

mayoría son ancianos y están ahí por su sabiduría. Tú, en cambio, eres joven, estás lleno de energía, de fuerza, de valor... aunque eres inexperto, un novato. –Oíd atentamente lo que tengo que deciros –interviene el druida atrayendo todas las miradas. Se conserva igual que hace veinte años, tan solo le ha crecido la barba, que es blanca y áspera, rizada como espuma de mar. Entonces te acomodas junto a un anciano que te ha hecho un hueco. Hace calor aquí dentro y te molesta la piel de oso que recubre tu espalda, tu prenda de abrigo. Sin embargo, y por no interrumpir más, prefieres no quitártela–. Tierra Volcán está en peligro. Todo el mundo de Inguz lo está.

El silencio se vuelve más pesado, incómodo, siniestro, y sospechas que la guerra que librasteis no ha servido para nada.

–Nuestro mundo está cambiando –prosigue el druida–. El invierno ha llegado antes de lo esperado, nos azota con una furia nunca vista. La tierra que pisamos se enfría de un día para otro y es probable que el estío no nos dé cosechas este año. Las semillas no germinarán en primavera. Si no hacemos algo, Inguz será un infierno blanco bajo el manto eterno de la nieve. ¿Es que no lo habéis notado? Ya no se ven dragones surcando los cielos.

“Es cierto”, piensas, “La segunda cosecha se echó a perder, se heló por completo, y los dragones...”. Los demás hablan entre ellos. En seguida se forma un revuelo que el Gran Jefe debe acallar.

–¡Silencio! –exclama. Su barba pelirroja parece estar prendida del mismo fuego que calienta su hogar–. Hasta ahora creíamos que esto solo era una racha de mala suerte, que todo mejoraría con la llegada de la primavera. Sin embargo, nuestro druida tiene razón. Alguna oscura fuerza está amenazando Inguz.

–¿Te refieres a los dioses del submundo? –le pregunta un anciano, que no puede disimular el miedo en sus ojos casi velados por la vejez–. Nuestros protectores los encerraron allí, hace cientos de años, durante la última guerra de dioses. ¿Insinúas que Loki y sus seguidores están volviendo a Inguz?

–No lo sabemos aún –le responde el druida, con ánimo sereno–. Los dioses del submundo no han dado muestras de vida. En cambio, se han visto tropas de trasgos a lo lejos, preparadas para atacar de nuevo.

De nuevo empiezan los murmullos. Todos están muy nerviosos, igual que tú. Cuando eras pequeño te contaban historias sobre trasgos para meterte miedo y que te fueras a dormir. Ahora te ocupas de aniquilarlos.

–¿Y qué hay de nuestros protectores? –interviene una anciana. Su cara tiene más arrugas que la corteza de un alcornoque. Su pregunta ha encendido una

llama de esperanza en los ánimos de todos, pero el druida no se muestra más optimista que antes. Su semblante severo sobrecoge al resto.

—¿Los Dragones de Inguz? —inquire. Luego suspira, abatido—. No pueden protegernos ya: han desaparecido.

“¡No es posible!” , piensas mientras el corazón te da un vuelco. No puede ser verdad. Los Dragones de Inguz siempre han custodiado el mundo, siempre lo han protegido de los dioses oscuros y de sus demonios. Realmente, parece que la profecía sobre el fin de Inguz va a cumplirse.

—¡Callad! —ordena el Gran Jefe, impaciente—. ¡Callad todos! ¡Así no arreglaremos nada!

La multitud lo obedece al instante y cesa el bullicio, aunque el silencio resultante es mucho peor que los lamentos de los presentes. Todos tenéis miedo. Y tú todavía no sabes muy bien qué haces en este consejo ni por qué te han convocado. Entonces, en este preciso momento, notas la mirada de alguien clavándose sobre ti: es el druida. Jurarías que te ha leído el pensamiento, él sabe cómo hacerlo. El druida te conoce bien, casi es quien te ha educado desde que solo eras un mocoso de tres años. Solo él sabe por qué te ha mandado llamar.

—Herian —pronuncia con firmeza—, estás aquí porque los Hados te han escogido. Supongo que deseabas que te lo contara de una vez, ¿verdad?

Asientes con la cabeza mientras recuperas el aliento. Te sientes como un idiota, ni siquiera te salen las palabras. Al fin tragas saliva y logras responder:

—Pero, ¿qué tengo que ver yo con todo esto, druida?

El druida te escruta con sus pequeños ojos enmarcados en sus párpados con decenas de arrugas.

—La leyenda cuenta que los guerreros que capitanearán esta lucha contra Loki y sus demonios serán cada uno de un lugar diferente, de una condición distinta. Herian, muchacho, te he hecho venir al consejo para comunicarte que tú eres uno de los elegidos. Me lo han dicho las runas.

De pronto, todos te observan como si fueras una extraña criatura de otro mundo. Eres fuerte, es cierto, y muy osado. Siempre has destacado por ello. En cambio, no puedes creer que esta misión sea para ti. Vas a decir algo, quieres cuestionar la decisión del druida cuando, de repente, interviene el Gran Jefe.

—Partirás dentro de tres días, Herian, el primer día de luna nueva. Debes cruzar toda la región y llegar hasta el templo de Cerridwen, donde te darán respuestas.

No te preocupes por el equipaje, joven: te proveeremos de todo cuanto necesites. Y ahora, retírate. Deberías descansar, por esta noche ya has tenido suficiente.

—Sí, Gran Jefe —asumes, sin más. En realidad, ni siquiera te han dado a elegir. Te gustaría quedarte, hacer mil preguntas y que te respondiesen, al menos, la mitad de ellas. Sin embargo, intuyes que todos desean que te marches. Al fin y al cabo, en el consejo deben de tratarse esta noche otros muchos asuntos que a ti, como al resto de los jóvenes de tu edad, no te conciernen. Así que, finalmente, te levantas, haces una reverencia al druida y giras sobre tus talones hasta llegar a la puerta. Al salir recibes la bofetada del aire frío. Demasiado frío. Después de todo, la profecía ha comenzado a cumplirse. Y ahora, ¿qué decides?

¿QUÉ CAMINO TOMARÍAS?

1. Tienes que contárselo de inmediato a Gúred, tu mejor amigo. ¿Y si quiere acompañarte en esta peligrosa aventura? Él también es un guerrero prometedor. En este caso ve al

[Párrafo 18](#)

2. Tal vez te venga mejor un paseo por los acantilados, en soledad, reflexionando sobre cómo va a cambiar tu destino en cuestión de solo unos días. En este caso, ve al

[Párrafo 140](#)

–Voy de regreso al hogar, eso es todo –explicas con parquedad. Brigán arquea una ceja. Es obvio que no se lo cree. Sin embargo, es lo bastante educada como para no seguir insistiendo. Ella ya sabe que no eres peligroso, así que el resto le da más bien igual.

–Son malos tiempos para vagar en soledad por tierras desconocidas, ¿lo sabías, bárbaro? Tierra Volcán ha cambiado.

Ya lo sabes, sin embargo, te haces un poco el sorprendido. Brigán, en cambio, esperaba que estuvieras al tanto. “Bárbaro ignorante”, piensa para sus adentros. No hay más que ver su expresión para intuirlo.

–Si no llevas más cuidado, puede que la próxima vez no te salves –te advierte. Brigán se gira un momento para buscar en su fardo algo que comer, pues la mitad de tu comida se perdió por el río cuando las ondinas te abordaron. La otra mitad, se echó a perder con el agua.

–No es mucho lo que tengo, pero los elfos de Sérek siempre compartimos nuestra comida con quien la necesita.

Brigán te tiende algo comestible que no llegas a identificar. Mientras lo hace, fijas tu mirada en su runa de Inguz, raudo, fugaz... No quieres que se dé cuenta de que te interesa. Pero, ¿de verdad será una Guardiana? Por un instante, te ves tentado de contarle la verdad, de enseñarle tu runa y descubrir realmente quién es esa elfa pelirroja que se sienta frente a ti.

–Cómetelo –insiste al ver que te has quedado abstraído–. Son semillas de otoño. Te ayudarán a soportar el frío y el cansancio.

En tu mano pone una porción de ese alimento, duro y crujiente. Son frutos secos pegados entre sí como si se tratara de piedras con argamasa.

–Es *matur* –te explica Brigán al verte dudar–. Lo preparamos con melaza de árboles.

Explicado de ese modo, parece mucho más apetecible. De hecho, cuando te llevas el primer mordisco a la boca, sientes revivir. Debe de tratarse, sin duda, de la magia secreta con que los elfos elaboran todas sus artesanías. El *matur* cruje entre tus dientes y sobrecoge tu paladar. No es un pedazo de tocino ni un lomo de salmón ahumado, pero mitiga tu hambre y tu agotamiento en seguida.

–Mi poblado está muy lejos de esta parte del bosque –continúa Brigan tras masticar su porción–. Es por ello que no te he ofrecido cobijo en el hogar de mi familia.

–No te preocupes, Brigan. Dormir a la intemperie no es problema para mí. Aunque agradezco tu hospitalidad.

Silencio. Mientras os termináis la cena, no habláis de nada más. Es obvia la tensión que existe entre vosotros porque os ocultáis cosas. Ella sospecha. Tú, sigues dudando. Necesitas saber algo más sobre Brigan. Tal vez en ese caso le cuentes que eres otro Guardián.

–¿Y tú, elfa? ¿Qué hacías por aquí, tan alejada de tu casa?

Brigan se ha puesto nerviosa, aunque trata de disimularlo. Tampoco ella está dispuesta a contártelo todo, aunque no se haya escondido la runa bajo la ropa.

–Los elfos de Sérek vigilamos las lindes de nuestro bosque día y noche, sobre todo desde hace algunas lunas. Están ocurriendo cosas extrañas.

–Y, ¿tenéis por costumbre vigilar solos? –le preguntas con la clara intención de que te diga la verdad–. En mi poblado siempre se hacen los turnos de vigilia en parejas.

–Bueno, los elfos tenemos otras costumbres, solemos vigilar solos. Sin embargo, bastaría que silbe para que mis compañeros que andan más cerca vinieran a ayudarme.

¿Acaso es una advertencia? Tal vez Brigan se ha sentido incómoda ante tantas preguntas y quiere hacerte creer que, si haces algo indebido, veinte elfos guerreros como ella aparecerán para lincharte. Conociendo a los elfos, seguramente hasta sea verdad.

–Brigan –te decides a decirle, desistiendo de sacarle alguna información relevante–, muchas gracias por haberme salvado de las ondinas.

Por la cara que pone, es evidente que no esperaba que le dijeras algo así.

–De nada, Herian. Solo espero que me la devuelvas si algún día soy yo la que necesita ayuda.

Apenas pasa una hora cuando ambos comenzáis a sucumbir al cansancio. Tras haber cenado hablando de temas triviales y sin importancia, dormiréis con un ojo abierto y otro cerrado tratando de confiar el uno en el otro. Algo te dice que Brigan es honesta. Con ella te sientes como si la conocieses desde siempre. Sin embargo, es mejor ser precavido. Por ese motivo, en cuanto amanezca continuarás tu camino en soledad.

[Pasa al Párrafo 148](#)